



Patronato de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

***La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.***

***De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.***

***En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.***

***El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.***

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

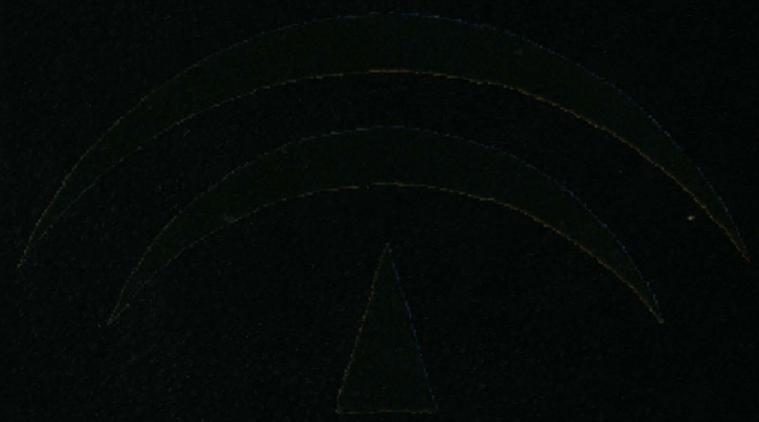
Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife  
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos  
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

***+ 34 958 02 79 45***

***[biblioteca.pag@juntadeandalucia.es](mailto:biblioteca.pag@juntadeandalucia.es)***



JUNTA DE ANDALUCIA

MARTIN  
LA  
ARQUEOLOGICA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERIA DE CULTURA

A-4  
4  
3

B.A.

## BASES Y CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

---

Esta obra se publica por entregas semanales de 16 páginas, impresas sobre papel vitela con hermosos tipos, en cada página con una preciosa orla de oro y color.

Cada tres entregas se repartirá una magnífica lámina, copia exacta de las imágenes mas populares por su venera-

A la primera entrega acompaña por vía de regalo, una lujosa portada en oro y colores, y también la lámina correspondiente á la entrega tercera, á fin de que pueda formarse una idea del mérito de las que vamos á publicar.

En las cubiertas de las entregas se insertarán los nombres de los señores suscritores, sin perjuicio de regalarlos presos en pliego aparte para encuadernarlos con la obra despues de concluida.

Cada entrega costará cuatro reales vellon en toda España.

No siendo posible fijar el número de entregas necesarias para consignar cumplidamente la historia, tradiciones y leyendas de cada imagen, pues depende de su antigüedad y demás datos recogidos para escribirla, diremos que sin obligar al escritor á comprimir su pensamiento, trataremos de que la obra conste solamente de las precisas para su natural desarrollo, formando uno ó mas tomos de á treinta entregas, para los que regalaremos su portada y una cubierta general.

Muchos de los habituales suscritores á las obras de nuestro establecimiento, apasionados á las producciones del lentísimo Sr. Conde de Fabraquer, autor de esta obra, nos han manifestado deseos de poseer su retrato: y nosotros complaceremos á los que se suscriban á la presente, regalándoselo con la última entrega.

Se suscribe en las principales librerías del Reino, ó enviando á su editor D. J. J. Martinez, calle del Arco de S. Maria, núm. 7, el importe de seis entregas, bien en libranzas ó sellos de franqueo.

---

## LOS MÁRTIRES.—GRANDEZAS DEL CRISTIANISMO.

ESCRITAS

POR EL EXCMO. SR. CONDE DE FABRAQUER.

*Cara revisada por la censura eclesiástica y adornada con ricas orlas de oro y preciosas láminas copiadas de los mejores cuadros del mundo.*

Esta obra se reparte por entregas semanales, y cada una consta de 12 páginas de texto sobre papel de tipo elegante, claro, correcto y encerrado en una preciosa orla de oro de composición alusiva, con su correspondiente cubierta de color.

Cada tres entregas se dá una magnífica lámina, copia de los cuadros mas notables del mundo que se pintado con objeto de despertar la devoción.

A la primera entrega acompaña, por vía de regalo, una lujosa portada en colores, ejecutada con el esmero. La obra constará de unas 35 á 40 entregas que formarán un tomo.

Al finalizar la publicación daremos en pliego aparte, para poder encuadernar, la lista de los señores suscritores, sin perjuicio de insertarla también en las cubiertas.

El precio de cada entrega será el de DOS-REALES, tanto en Madrid como en provincias.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento lito-tipográfico de D. J. J. Martinez, calle del Arco de S. Maria número 7, y en las principales librerías del reino, ó enviando adelantado á su editor el importe de seis entregas en libranza ó sellos de franqueo.

R. 257

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA	
Est.	A-4
Tabl.	4
N.º	3

# LA APUESTA.

## NOVELA HISPANO - ÁRABE

ORIGINAL DE

D. Eudocio Martínez de Carra-Alcazar

EMPLEADO CIVIL

y redactor del periódico El Pasig.

Donativo del Sr. Conde de Romanones á la Biblioteca de la Alhambra. 1909



MANILA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS AMIGOS DEL PAÍS,  
Á CARGO DE E. PLANA, PALACIO, NÚM. 8.

1862.

BIBLIOTECA DE  
LA ALHAMBRA

Est. A-4

Tabl. Y

N.º 3

---

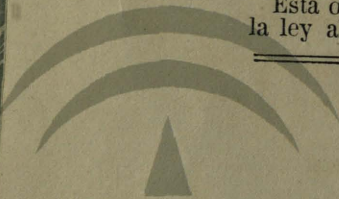
---

Esta obra es propiedad de su autor; el que perseguirá ante  
la ley al que la reimprima sin su permiso.

---

---

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalif  
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

**Al Sr. D. Ramon Barroeta y Marquez.**

Alcalde mayor de la provincia de la Pampanga.

Tengo el especial placer mi querido amigo, de dedicaros mi primer pensamiento literario. Recibido como la prueba mas segura de la sincera amistad que os profeso. Guardadlo como una prenda recordatoria que, cada vez que le hojeis, leereis en sus páginas las frases mas expresivas y elocuentes del libro de mi leal corazón.

Eudasio Martinez de Carra-Alcazar.

APROBADA POR LA CENSURA.

Manila 15 de Noviembre de 1862.

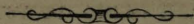
*Dávila.*

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

# LA APUESTA.



La calumnia es como el relampago  
que brilla mucho pero dura poco.

P.C. Mon... Alhambra y Generalif...  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## CAPÍTULO I.

**P**OR los años de 1235 de nuestra era habi-  
taba en Sevilla una humilde y ruinoso casa,  
un cristiano español, de estado viudo y  
con tres hermosísimas y recatadas hijas  
que, eran la flor y nata del moruno  
barrio en donde vivian. Este cristiano en-  
corvado ya bajo el peso de los años habia ser-  
vido con lucimiento en las huestes cristianas de  
Aragon contra las huestes agarenas, habiéndose re-  
fugiado en Sevilla disfrazado de moro con motivo de  
haber herido gravemente á un gefe suyo que un dia  
le castigába cruelmente por una falta leve.





Las tres hijas que en su senectud eran sus mayores delicias, las habia tenido con una mora que abjurara sus errores en secreto y habian sido unidos con el lazo del matrimonio por un clérigo castellano que se hallaba cautivo á la sazón en Sevilla.

Nuestro anciano guerrero tan pronto era albañil, marinero; carpintero etc., en una palabra todo lo que le proporcionaba ganar honradamente su subsistencia y la de sus tres encantadoras hijas: estas se hallaban ya en estado núbil y por consiguiente rondábanlas los moros mas gallardos y apuestos del barrio; ellos sin embargo aun no habian dado la preferencia á ninguno aunque coqueteaban alegremente con todos, eran tan buenas cristianas como su padre y no trataban mas que de divertirse á costa de los miserables morillos, como el anciano aragonés los llamaba. Hallábase este un dia trabajando en los fosos de la opulenta ciudad cuando se le acercó un jóven turco, elegantemente vestido y le dijo en buen arábigo.

—¿Cómo te llamas?

—Aliatar, contestó el aragonés en la misma jerga.

—Pues sígueme, porque tu eres á quien busco.

—¿Y á dónde?

—A presencia de mi nobilísimo amo Albayaldos, terror de los hombres y de las fieras.

—Pues entonces permitidme que no os siga.

—¿Por qué?

—Porque soy muy tímido, y me asustan estraordinariamente los hombres como tu amo.

—Déjate de simplezas y sígueme.

—Me lo pedís de una manera, que...

—¿Qué? le interrumpió el jovenzuelo.

—Que no me gusta. Vuestro amo sin duda se ha equivocado; no seré yo al que llama. Yo por mi parte no le conozco y os ruego me dejeis proseguir con mi trabajo.

—Mira que tu negativa va á exasperar á mi amo

y es muy capaz de mandaros emparedar. Repuso el turco con amenazante acento.

—Sentiría que tu amo se incomodase y tratára de propasarse conmigo, porque entonces probaría à lo que sabe el brazo de un..... anciano.

—Por Mahoma que esas palabras te han de costar caras, dijo el turco algo enojado y se marchó.

El aragonés al ver desaparecer al esclavo tomó el camino de su casa, entró en ella y despues de haber dirigido una afectuosa sonrisa à cada una de sus queridas hijas, cogió secretamente una ancha y afilada daga y se la guardo entre los pliegues de su faja y calzon. Al momento volvió à salir y se dirigió à largos pasos otra vez al foso.

Momentos despues llegó tambien al foso el esclavo turco que ya conocemos acompañado de otro esclavo tambien, de edad avanzada, si hemos de juzgar por sus cabellos y barba grises, de mirar grave y modales escogidos, y ambos se dirigieron al anciano.

—¿Sois vos el moro Aliatar? preguntó al anciano el esclavo mas viejo de los dos.

—Sí: ¿por qué lo preguntas? contestó el aragonés algo amostozado.

—Moro: continuó el esclavo sin hacer caso de la manera con que el anciano le contestàra. ¡Alá te protege! y yo vengo à manifestarte su voluntad. Mi ilustre amo, descendiente en línea recta de los reyes de Fèz y Marruecos, primo hermano del gran Miramolin de gloriosa memoria, os quiere hablar, y me encarga os lleve à su presencia: venid conmigo, buen anciano, que os aseguro no os pesará de haberme obedecido.

El anciano aragonés, tranquilizado algun tanto por las atentas palabras y corteses modales del turco le contestó afablemente.

—Pero yo en que puedo serle útil à tu amo?

—No sé, amigo mio; solo sí sé que, os ruega vayais á su palacio; y cosa muy grande debe ser, de muchísimo interés para que mi arrogante amo os invite de una manera tan respetuosa á que comparezcais á su presencia. ¿Qué decís?

—Que estoy resuelto acompañaros, contestó el aragonés despues de haber reflexionado unos instantes.

—Pues en marcha si gustais: repuso el esclavo.

—Andando, contestó el anciano.

En la plaza de Iacúb-Iusáf, hoy de San Francisco ó de la constitucion, elevábase un edificio de mediana apariencia con calados de piedra en todos los marcos de las puertas y ventanas, con un torreón en cada uno de los extremos del frente, y sobre el arabesco arco de la puerta principal labrado en mármol blanco un escudo representando un salvaje desquijarando á un leon, signo de la arrogancia y del poder, divisa en fin de la noble familia que en dicho edificio habitaba.

Los dos esclavos y el anciano aragonés penetraron en el interior de este semi-palacio y por una escalera de madera amarilla con véta negra como el azabache, ascendieron al suntuoso piso alto del palacio y todos tres envueltos en el mas profundo silencio separaron ante una puerta forrada de terciopelo encarnado con franjas de oro que se hallaba enteramente cerrada. El mas entrado en años de los dos esclavos sacó de uno de los bolsillos de su ancho pantalon un silbato de plata, se lo aplicó á los labios y le hizo dar un sonido agudo y en tono menor: la puerta fué abierta instantáneamente. A la parte adentro del dintel apareció otro esclavo jóven, casi un niño, cambió algunas palabras en voz baja con el del silbato y todos cuatro desaparecieron por la habitacion que se ocultaba tras la puerta de terciopelo encarnado.

En un precioso gabinete entapizado todo él con

ricas telas de seda azul, tachonado el cielo raso y las paredes de brillantes estrellas de oro, ostentando cada estrella en su centro un hermoso rubí, hallábase un jóven caballero moro, vestido de brocado verde, acuchillado y todos los golpes estaban cerrados con broches de diamantes y esmeraldas: su turbante era de seda azul, ostentándose en su centro una medalla de oro de arabia, labrada de pedrería con dos ramos de laurel que parecían naturales: las hojas eran de finísima esmeralda y en medio de la medalla veíase enculpido el escudo que ya hemos visto sobre el arco de la puerta principal del edificio. Paseábase con paso lento, y de vez en cuando se paraba á contemplar un hermoso retrato que representaba una jóven mora, que se hallaba colocado bajo un magnífico dosel de damasco blanco con flecos y borlas de oro. El pavimento de tan lujoso retrete estaba cubierto con una rica alfombra de persia; mullidos divanes de damasco azul se hallaban guarneciendo la parte inferior de las entapizadas paredes: nuestro caballero moro despues de contemplar largo rato el retrato de la linda mora, se recostó negligentemente sobre uno de los perezosos divanes, dejando ver en sus piés unas elegantes babuchas bordadas de oro: un prolongado y hondo suspiro se escapó de sus labios, sus hermosos y rasgados ojos árabes se fijaron de nuevo en el retrato y sin poderse contener le arrojó un beso en las puntas de sus dedos. «¡Ay Abigail! que mal me tratas» pronunció en tono sentimental y su rostro lo volvió hacia la entapizada pared. En este momento se oyó un silvo pausado y sutil, el caballero moro, levantó repentinamente la cabeza, alargó la mano, cogió entre sus dedos medio convulsos un cordon de plata y oro que pendia del techo de la habitacion y le dió dos fuertes sacudidas; una campanilla se dejó oír y la puerta del gabinete se abrió de par en par. El esclavo jó-

ven que hemos visto por primera vez en la puerta de terciopelo encarnado, penetró en el gabinete, hizo una profunda reverencia cruzados los brazos sobre el pecho y anunció en voz alta.»

—El moro Aliatar espera vuestras órdenes para entrar.

—Que pase adelante contestó el joven caballero.

El esclavo dió media vuelta y desapareció. A los pocos instantes volvió acompañando al anciano aragonés: el caballero hizo una seña al esclavo, este salió cerrando la puerta trás si y dejó solos al anciano Aliatar y al joven caballero.

—Buen anciano, dijo sin moverse del divan en donde perezosamente se hallaba reclinado; sois pobre y quiero haceros rico: os encontrais hundido en la horfandad y quiero elevaros al pináculo de la riqueza y de la felicidad: no creais que por esto desee que me sirvais con bajeza, ni que os degradeis en lo más mínimo, no; os aprecio demasiado para eso y ademas que os conozco bien y sé que sois incapaz de cometer por todo el oro del mundo, una mala accion. Habeis de saber pues, pobre moro, que, tengo mi corazon cautivo con el amor que me ha inspirado y profeso à una de vuestras hijas, la hermosa Abigail; miradla ahí: esta es una prueba de lo mucho que la amo; ese bosquejo de las seductoras gracias de vuestra hija, està hecho por mí; la tengo tan presente en mi imaginacion que no he necesitado del original para trasladarlo al lienzo ¿queréis que sea mi esposa?

El anciano, depuesta su natural rusticidad por el delicado tratamiento del joven caballero, contestó.

—Mi hija no puede ser esposa vuestra.

—¿Por qué razon? preguntó el caballero incorporándose y fijando de una manera tenaz en el anciano su vista de águila.

—Este es un secreto que no me pertenece; y por lo tanto no puedo ni debo manifestároslo: solo me

es permitido deciros que no puede efectuarse lo que quereis.

— ¿Tanto me aborrece vuestra hija?

— No sé si os aborrece ú os ama: porque esta es la primera noticia que tengo acerca de vuestro amor hacia ella.

— Pues entonces ¿qué inconveniente hay?

— Uno, y muy grande.

— ¿El qué soy rico y ella es pobre?

— No caballero.

— ¿Pues cuál?... decídmelo buen anciano, decídmelo, porque no podreis nunca figuraros lo que mi corazon está padeciendo en este momento con vuestras palabras.

— ¿Y qué quereis que yo os diga?

— Ese terrible inconveniente que me separa de vuestra hermosa hija.

— Os repito caballero que es un secreto, y que me está vedado el decíroslo.

— Como gustéis dijo el caballero con triste acento ¿pero, y si vuestra hija me amase?

— Si os amase....

— ¿Qué?

— La mataria. Estas palabras las pronunció el anciano con acento tan amenazador que asustó al caballero.

— ¿Y tendríais valor para hacerlo? insensato!

— Sí, que le tendria. Mi hija no podrá ser nunca vuestra esposa. ¿Teneis algo mas que decirme?

— ¿Qué, ya os vais? exclamó el caballero moro levantándose, al ver que el anciano se dirigia á la puerta.

— Nada tengo que hacer aquí contestó el anciano con mal gesto.

— Es, que de aquí no podreis salir hasta que yo os dé permiso; sois mio, y....

El anciano rápido como un rayo, al oír las últimas palabras del jóven orgulloso, acarició con disimulo el puño de su afilada daga.

—Habeis dicho que sin vuestro permiso no puedo salir de aquí; que soy vuestro, y...

—Eso he dicho; y en prueba de que no recojo mi palabra, os lo digo mas claro; sois mi prisionero.

—¡Pardiez que esa obstinacion ha de costaros la vida! estas palabras fueron acompañadas de un par de puñaladas. El moro cayó inerte, sin exhalar el mas imperceptible grito, y el anciano veloz cual el pensamiento abandonó el edificio. Al encontrarse en la calle siguió con la misma celeridad y á los pocos instantes penetró en su casa.

Su hija mayor fué la primera que se presentó á su vista y notando en el semblante de su padre un color no muy natural y el estravío de sus ojos, le rodeó con sus blancos y torneados brazos su arrugado cuello.

—¿Qué teneis padre mio? acaso os sentís enfermo?

—No hija mia: no siento nada ¿y tus hermanas dónde están?

—En la cocina, ¿pero qué teneis?...

—Nada hija mia, nada: sígueme y aprovecharé los instantes que estemos solos en ponerte al corriente de lo que me pasa. El anciano echó andar hacia las habitaciones interiores y su bella hija le siguió.

—¿No vendrán tus hermanas? preguntó el anciano mirando hacia la puerta de la habitacion.

—No padre mio, están ocupadas y ademas que ignoran os encontrais aquí.

—Pues oye. Y agarrando á su hija de la mano la llevó cerca de sí: tu hermana Julia está en relaciones con un jóven moro y tu no me has dicho nada ¿por qué pues me habeis ocultado todos estos amores? acaso tu tambien?....

—¿Quién os ha dicho eso padre mio? os hemos ocultado ninguna cosa jamás? no conoceis á vuestras hijas y sabeis que os ponen al corriente de todos sus secretos? No, padre mio; Julia no ama á nadie y mucho menos á un moro miserable, Julia es muy buena cris-

tiana y nunca padre mio darà oidos á esos perros judíos, azote de nuestra querida España.

—¿Estàs cierta, Esperanza? no me engañas?

—¿Dudais acaso de mis palabras, padre mio?

—Escucha; dijo el anciano pasándose la mano por la frente, y sacando despues de su cintura la daga ensangrentada. A su vista la hija retrocedió instintivamente dando un grito reconcentrado, sordo y clavando en el marchito rostro de su padre una mirada delirante.

—Padre mio ¿qué habeis hecho? habeis asesinado....

—¡Silencio! óyeme. Esta tarde me hallaba como sabes trabajando en el foso de la ciudad cuando un pagecillo turco jóven é insolente se me acercó y me dijo con marcada altanería que, su amo me mandaba llamar. Esto me sorprendió y contesté al importuno page que su amo se habria equivocado, que no seria á mí á quien buscaba; en fin hija mia, me dijo una porcion de impertinencias y temiéndome yo alguna traicion por haberse descubierto que éramos cristianos. El pagecillo se marchó, vine á casa y tome esta daga para en caso defenderme.

—Y bien, dijo su hija interrumpiéndole y devorándole al mismo tiempo con sus ansiosas miradas.

—El anciano prosiguió mirando siempre de reojo à la puerta: volví al foso y continué en mi trabajo; mas á los pocos momentos apareció el mismo pagecillo acompañado de otro page mas entrado en años y demasiado cortés. A sus insinuantes espresiones me dejó seducir y los seguí á un edificio de la plaza de Iacúb-Iusúf perteneciente sin duda alguna á algun moro de valía si he de juzgar por el lujo que en su interior se ostentaba. Fuí introducido en fin en un precioso gabinete en donde se hallaba un jóven y elegante moro, dueño al parecer de aquel palacio; al verme me dijo: buen viejo, sois pobre y quiero haceros rico; amo á tu hija Abigail y ansío casarme con ella ¿qué me contes-



tas?... Yo hija mia, sorprendido con esta declaracion no sabia que contestarle hasta que al fin le dije que, mi hija Abigail no podia ser su esposa.—¿por qué motivo? me preguntó: por que yo no quiero; le contesté: en una palabra hija mia, él insistió y yo negué, hasta que al ir à retirarme me manifestó que me hallaba en su poder, que era su prisionero: temiéndome yo hija mia: que habia descubierto que éramos cristianos y que trataría de vengarse con tal motivo de mi negativa, no paré en reflexionar y como nos hallábamnos solos, saqué esta daga y se la hundi de buenas ganas en su pecho, y héme aquí reó de muerte y asesinato hija mia, próximo á suicidarme, porque dejaros abandonadas por la fuga al dejaros por mi muerte, prefiero esto último: llama pues à tus hermanas y despedámonos para siempre hija mia, porque voy á morir.

—Por Dios; padre mio: no os dejeis arrebatar por un mal pensamiento; reflexionad que teneis tres hijas que dependen de vuestra existencia; que si las abandonais sea de un modo sea de otro, van á sucumbir á su vez; ¿cómo es posible que os sobrevivieran?... no; padre mio: variad de resolucion; aquí en casa podremos ocultaros y vuestras tres hijas os servirán de égida constante y protectora; quizá ese moro no haya muerto; vuestra mano perdió ya su vigor y vuestros golpes no pueden ser mortales; ánimo pues, padre mio; confiad en la Virgen del Pilar patrona de vuestro pueblo y ella os sacará ileso del peligro que os amenaza....

—Llama á tus hermanas; la dijo interrumpiéndola secamente el anciano.

La hija salió.

—¡De que tragos tan amargos está rodeada la miseria!!... Desgraciado de mí!!... Desterrado de mi amada patria por un acto casi igual al que acabo de cometer, y obligado ahora imperiosamente à emigrar de este suelo que por tantos años me prestó su abrigo!!...

¿Y à dónde dirigiré ahora mis ya vacilantes pasos? Y mis hijos? y mis queridas hijas se han de quedar abandonadas así mismas, arrojadas en la flor de la juventud en medio de ese torrente falso y seductor que se llama mundo?... ¡Ah! no hay remedio; mi última hora ha llegado, y espresisco resignarse....

— ¡Padre mio! que teneis?.. esclamaron à la vez las dos hijas mas pequeñas y que como hemos visto fué à llamarlas de órden de su padre, la hija mayor.

— ¡Qué tengo!.. que tengo me preguntas Julia!.. Tú? tu que eres la causa de mi desgracia?..

— ¡Qué decís, padre mio! ¿Yo la causa de vuestra desgracia? ¡Ah! decidme; decidme padre mio, el misterio que encierran vuestras palabras; decídmelo aunque atraveséis mi alma con alguna rebelacion sinistral; ¡yo ser la causa de vuestra desgracia! tan mal me juzgais, padre mio, que directa ni indirectamente conspiré contra vuestros días que tan preciosos me son? ¡Ah! la desgraciada soy yo si me creéis en alguna cosa culpable!....

— ¿Has cerrado la puerta de la calle, Esperanza? preguntó el anciano á su hija mayor.

— Si padre mio, está cerrada.

— Pues oye Julia, el misterio que tu dices encierran mis palabras. ¿Qué clase de relaciones te ligan di, con un moro jóven que vive en la plaza de Iacúb-Iusúf? Como has tenido atrevimiento para mantener la mas pequeña inteligencia con un mahometano? Como has podido dar cavida en tu pecho á los sentimientos de un herege, Julia?..

— Padre mio, escuchadme por Dios: exclamó Julia poniéndose de rodillas delante de su padre, y casi apoyando sus codos en las piernas del anciano.

— Habla, ya te escucho.

— ¿Quién os ha dicho padre mio que yo mantengo relaciones con un miserable agareno? en donde, como,

cuando me han visto dirigir la palabra à ningun moro? Miente, padre mio, miente quién tal os haya dicho y quisiera tenerlo aquí delante para confundirlo en vuestra presencia ¿tan mal concepto os merezco, padre mio? dudais acaso de mi virtud y de mis sentimientos religiosos? seré tan mal vista por los ojos de un padre à quien yo amo tanto?. ¡Ah!... No pudo proseguir; el sentimiento y la angustia embargaron su voz y un copioso llanto inundó sus sonrosadas y hermosas mejillas

—Te creo y debo creerte hija mia; como era posible que tú, tu mi hermosa y cristiana Julia ¿hubieses faltado à tus deberes?

—Nunca, padre mio, nunca; le interrumpió su hija arrojándose al cuello de su anciano padre.

—Oid hijas mias: repuso el anciano despues de haberse enjugado dos lágrimas que le asomaron à sus arrugados párpados; oidme, mis queridas hijas. Dentro de breves momentos, ahora mismo tal vez, me buscan ya por toda la ciudad; dentro de media hora me encontrarán porque ya no es posible huir, y me cortarán la cabeza por asesino. Os ruego hijas mias que si la ponen colgada en algun sitio público de la ciudad, hagais lo posible porque desaparezca, y juntamente con mi mutilado cuerpo la dais sepultura en aquella capillita en donde reposan los huesos de vuestra madre ¿lo hareis así, hijas mias?

—Padre mio, deshechad tan terrible idea: no morireis, no, digeron sus tres hijas anegadas en llanto y abrazando al angustiado anciano.

—¿Qué no moriré?.. ¡pobres criaturas!... vosotras hijas mias, vivid como hasta aquí, dignas de Dios y de los hombres! A tí Esperanza, te encargo el cuidado de tus hermanitas; tu les haràs ahora veces de padre y.... muero contento porque os conozco á las tres y sé que sereis capaces de morir antes que seguir otra senda que, la que hasta aquí habeis se-

guido, ¿me dais palabra hijas mías de hacerlo así? no deshonraris mis huesos?...

—¡Callad, padre mio, callad! no desgarris nuestros corazones con vuestras palabras; no moriris, no; aunque para ello tenga yo que morir. Mirad padre mio; la capilla en donde descansan los manes de nuestra madre puede servirnos de asilo; allí oculto burlaris las mas escrupulosas pesquisas de vuestros perseguidores....

Unos golpes dados en la puerta de la calle interrumpieron à Esperanza en el uso de la palabra: todas las miradas se dirigieron à la puerta de la habitacion en donde se hallaban; despues de mirarse unos à otros con la mayor angustia é incertidumbre, el anciano rompió el silencio con voz entrecortada por la ràbia y acariciando el puño de su daga que ensangrentada que acababa de hundir en su baina.

—No moriré: dijo; quien quiera sea tendrá que habérselas primero conmigo: nuestra pérdida es ya inevitable: ahí están sin duda los agentes de la justicia para prenderme, mas les juro à fé de cristiano y aragonés que cara han de comprar mi vida.

Y con una agilidad impropia de su senectud y apretando con sus dedos convulsos el puño de la daga, salió.

Sus hijas corrieron trás él para contenerlo sin duda para que no se espusiera otra vez à nuevos peligros; mas una mirada severa y un signo afirmativo con la mano que no admitian replica que, les dirigió el anciano, las contuvo à su pesar.

En dos brincos llegó à la puerta y la abrió con un movimiento brusco y desembarazado.

Un moro; solo un moro se presentó delante del anciano y con sonrisa franca y leal le puso la mano sobre el hombro.

—Buenos días, mi buen Aliatar ¿qué pálido estais? que os pasa? os hallais enfermo?

El anciano aragonés se apresuró à cerrar la puerta y cogiendo una de los manos del recién venido la llevó á sus lábios con respeto y despues la estrechó entre las suyas.

—Entrad venerable Mahomad, entrad; me alegro llegueis à tan buen hora para que vuestro consejo me sirva de guia: venid.

—Nuestros dos personajes se dirigieron à la habitacion que ocupaban las tres hijas del anciano: estas al ver al nuevo personaje salieron al mismo tiempo á su encuentro, le cogieron de los manos y fuera de sí se las besaban derramando abundantes lágrimas.

—¡Socorrednos, padre nuestro, socorrednos! esclamaban las affigidas doncellas.

—Pero, hijas mias ¿qué teneis? qué os pasa? qué clase de socorro implorais de mí? acaso os he negado alguna vez mi proteccion? no me habeis tenido siempre pronto á serviros? que es lo que pasa pues, Aliatar? dijo el recién llegado dirigiendo estas últimas palabras al anciano. Sacadme de esta ansiedad en que todos me teneis ¿ha ocurrido alguna novedad? os han descubierto acaso? saben ya que sois cristianos?

—¡Ah! padre mio! plugiera à Dios que asi fuese! contestó el aragonés dejando caer los brazos á lo largo de su cuerpo, é inclinando la cabeza sobre el pecho.

—Pues entonces ¿qué es lo que ocurre? qué es lo que os tiene á todos en conflicto semejante? hablad! levantaos hijas mias y confiádmelo todo.

Todos permanecian sin moverse y en completo silencio.

—Vamos; mi buen Aliatar ¿qué es lo que hay? preguntó el moro Mahomad.

—Padre mio, no soy digno de vuestra amistad!.... dijo el aragonés cayéndosele al mismo tiempo de sus ojos dos lágrimas como dos garbanzos.

—¿Qué no sois digno ya de mi amistad?... qué enigma encierran esas palabras? acaso habreis renegado?....

—¡Renegar! no padre mio: eso nunca, nunca lo haré

aunque viva mas años que Matusalen, y todos ellos estuviera metido en un potro. ¡Yo renegar! no; mi venerable Mahomad: lo que pasa y que es fuerza que cuanto antes lo sepais, es que....

—Concluid, Aliatar, concluid, le dijo el moro con dulzura al verlo indeciso.

—Pues bien, os lo diré. ¡Soy asesino!!!

—¡Asesino!!! exclamó el moro estupefacto. ¡Asesino!! vos asesino. Aliatar!.... os burlais

—¡Burlarme! Dios me libre de burlarme de una persona tan respetable para mi como lo sois vos, Mahomad: soy asesino; y para que no abrigueis duda alguna sobre el hecho, mirad el cuerpo del delito todavía manchado con la sangre de la víctima. El anciano desembainó la daga y la presentó á Mahomad. ¿Me creereis ahora?

Este no contestó ni una sola palabra tal era el estado de estupefaccion en que se hallaba. Miró à la daga; miró al anciano y despues à las tres hijas de este: los objetos, las personas, todo, todo le confirmó que Aliatar era asesino.

Un rato de silencio siguió à esta escena inesplicable por la diversa situacion de los diferentes personajes que la representaban. Por fin Mahomad lo rompió con acento por demas angustioso dirigiéndose al anciano.

—Y decidme, pobre Aliatar: ¿cómo habeis dado cavida en vuestra ya plateada cabeza à pensamientos tan malvados? no os acordásteis al tiempo de herir que, dejábais huérfanas à tres bellas y virtuosas hijas? como os ha podido tentar el demonio para llevar á cabo una obra tan alevosa? habeis despreciado al consumir ese acto repugnante, vuestros sentimientos religiosos, y habeis por lo mismo ultrajado altamente las venerandas máximas evangélicas de nuestra santa religion; habeis.....

—Basta; mi venerable Mahomad: no me condeneis antes de oirme. Le interrumpió el anciano.

—Hablad pues, y desvaneced de una vez las ideas que he concebido en este momento con respecto á vos; hablad.

—Hé sido asesino, mi venerable Mahomad; pero asesino forzado, provocado, asesino por defenderme y por defender á mi religion.

—Explicaos. Esclamó Mahomad impaciente.

—Pues bien seré brebe. Hé sido esta mañana llevado con engaños á un palacio de la plaza de Iacúb-Iusúf; en él encontré á un caballero moro que me propuso sin rodeos casarse con mi hija Julia ó Abigail, yo le contesté que jamás mi hija podria unirse á él y despues de algunas esplicaciones que me pedia sobre mi negativa y que yo rehusé satisfacerlas, me dijo qué, estaba prisionero y que sin su permiso no podria salir de su palacio. Entonces yo montado en cólera y previendo que habríamos sido descubiertos y que se vengaria de una manera cruel en mi y en mis hijas, saque esta daga y se la sepulté dos veces en el pecho. Hé aquí mi buen Mahomad, todo mi delito: condenarme ahora que lo sabeis; despreciadme si lo merezco, pero compadeceos de mis pobres hijas. El anciano se arrojó á los piés de Mahomad.

—Basta, Aliatar: levantaos y seguidme pues no hay tiempo que perder: dentro de algunos instantes vendrán á prenderos y es preciso que no os encuentren aquí: es necesario que vivais para servir como hasta aquí de buen padre á estas desgraciadas doncellas. En el oratorio en que yacen los restos de vuestra esposa podreis ocultaros y burlar las pesquisas de vuestros perseguidores. Seguidme os repito, pues el tiempo vuela y pueden descubrirros; venid.

Mahomad se dirigió hacia la puerta y el anciano aragonés lo detuvo suavemente.

—Esperad unos instantes, mi buen Mahomad: mi hija Julia ha sido la causa de esta desgracia y por lo tanto no quiero dejarla espuesta á los tiros de mis

enemigos; es preciso pues que nos acompañe y permanezca oculta conmigo ¿qué os parece?

—Qué es muy justo que así sea: venid, Abigail, venid.

—Mahomad, el anciano y Abigail salieron de la casa y á largos pasos se dirigieron á la calle del *Renegado* en donde estaba situada la capilla ú oratorio que les hacia las veces de iglesia á los cautivos cristianos que se hallaban en la populosa ciudad de Sevilla.

Sevilla, á imitación de Roma durante el imperio de Diocleciano, tenia tambien sus catacumbas.

Ya que hemos dejado en marcha á los personajes que hasta ahora casi han sido los que hemos presentado en escena, bueno será tambien que nos dirijamos á la plaza de Iacúb-Iusúf y penetremos en el interior del palacio que ya visitamos en compañía del anciano aragonés.

En el gabinete en que pasó la escena entre este personaje y el caballero moro, habia multitud de esclavos turcos limpiando con estremado cuidado y diligencia rastros recientes de sangre, de las piedras de jaspe que componian el pavimento.

Una puertecita que se hallaba en el citado gabinete y que la cubria una cortina de terciopelo azul ostentando en su centro un sol primorosamente bordado de oro, daba entrada á un precioso retrete ú dormitorio entapizado todo él por el orden del gabinete: una ancha y lujosa cama se elevaba en medio de aquel, cubierta con un pabellon de tul blanco figurando el techo cónico de una tienda de campaña; en el centro y en lo mas elevado de este ténue techo, destacábase una bola de oro macizo sosteniendo una brillante media luna del mismo metal; á los dos lados de tan caprichoso lecho hallábanse dos árabes de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada sobre el mismo y con la vista fija en los arabescos dibujos de la alfombra: á la escasa luz



que trasmitia á la habitacion una mariposa de pederal blanco pintarrajada de flores verdes y amarillas, parecian dos sombras velando un blanquísimo, trasparente y lujoso sepulcro. Decimos trasparente por que, á través del pabellon se proyectaba un bulto en el lecho y una cabeza apoyada sobre las blancas almohadas.

Un ligero movimiento de este bulto y esta cabeza llamó la atencion de los dos árabes, y ambos á dos dirigieron una escudriñadora mirada hácia el lecho, el que se hallaba á la derecha del enfermo que al parecer ocupaba la cama, echó mano á un cordon de seda y oro que pendia de la entapizada pared. Así permanecieron un largo rato hasta que la quietud y silencio que observaron seguia en el lecho, les hizo tomar su primera actitud.

La cortina azul con el sol bordado que cubria la puerta del retrete fué levantada cuidadosamente y apareció un árabe ya entrado en años si hemos de dar crédito á su luenga barba gris. Llevaba en la mano una copa de oro y una cucharilla del mismo metal: se aproximó pausadamente á la cama, levantó del mismo modo el blanco y trasparente pabellon y puso su mano abierta sobre la frente de aquella cabeza que se veia sobre las almohadas. La persona que yacia enferma, pues ya no nos cabe duda alguna que lo era, abrió unos ojos grandes y blancos y sus labios pronunciaron estas palabras.

—¡Ah! eres tu doctor!

Sí, mi amo y señor; yo soy ¿qué tal os encontráis? os molestan las heridas? los vendajes os dañan? sentís alguna incomodidad? preguntó respetuosa y cariñosamente el árabe que entró con la copa, tomándole al mismo tiempo el pulso y mirándole atentamente al rostro.

—No, mi buen doctor; no siento nada más que, una sequedad grande en la boca.

—Ya me lo presumía, y por eso os traigo esta pócima; tomad ahora un par de cucharaditas y después lo repetiremos de hora en hora.

Un árabe de los que se hallaban velando al lado del lecho se aproximó al enfermo à una seña del doctor; le levantó la cabeza lenta y cuidadosamente y este le propinó dos cucharaditas de la composición que llevaba en la copa.

—Bien, doctor, muy bien: esto ya es otra cosa: vuestros medicamentos tienen una virtud especial: casi, casi deseo estar enfermo por tomarlos: este sobre todo es original: tiene un esquisito gusto y grato olor ¿de qué se compone?

—De yerbas y algunas flores, mi amo y señor. Contestó el doctor arropándole. ¿Y bien? no tomareis señor, ninguna providencia contra ese miserable asesino que os ha herido? no lo pondreis en conocimiento de S. A. el rey vuestro pariente y amigo?

—No; mi buen Reduan; no quiero tomar ninguna providencia hostil contra ese hombre: es el padre de la muger que amo con delirio, y no me es posible hacerle daño porque, me lo haria á mi mismo. Yo tengo la culpa de que me haya herido: ese hombre es un valiente, Reduan, es un valiente.

—Os lo decia, mi amo y señor, porque en el palacio nadie lo conoce ni sabe donde habita, y como vos solo sois el que lo conoce creía que el deseo de vengaros...

—No Reduan: te digo que no deseo ni quiero vengarme; y te encargo muy especialmente digas à todos mis familiares que, en donde quiera vean ese anciano no le molesten ni de obra, ni de palabra ¿entiendes?

—Bien señor: serán cumplidas vuestras órdenes.

—Ahora mi buen Reduan, vamos á tratar de un asunto que en este momento bulle en mi cabeza? me hará daño atormentar un poco mi imaginacion?

—No, mi señor. las heridas no son de gravedad;

no han interesado ninguna parte delicada; solo perdisteis el conocimiento y caísteis sobre el pavimento por el ataque imprevisto y el empuje con que fué ejecutado. Pero os lo vuelvo á repetir señor, nada temais.

—Estoy completamente tranquilo con tenerte à mi lado, Reduan, pues tu presencia me alivia tanto ó mas que me confortan tus medicamentos.

—Gracias, señor, gracias. Contestó el doctor cogiéndole una mano y besàndosela con efusion.

—Pues bien; siéntate y escucha.

El doctor tomó asiento à lo musulman sobre unos almohadones que se hallaban à un lado de la cabecera de la cama.

—El enfermo prosiguió. Por las palabras que se le escaparon al anciano que me ha herido, al proponerle yo que uniría mi suerte à la de su hija, colijo que hay un misterio que es preciso descubramos para poder obrar con seguridad. Tú mi buen Reduan, vas ayudarme con tus consejos y tu penetrante imaginacion. Es el caso pues, qué, el anciano me dijo mas de una vez terminantemente que su hija no se enlazaría conmigo, que antes de que esto sucediera la mataria, y preguntándole yo qué, que era lo que impedía nuestra union y su consentimiento, me contestó que era un secreto que no le era dado revelar. ¿Qué opinas tu, Reduan, de estas palabras?

El doctor inclinó la cabeza y se quedó un gran rato pensativo: los ojos desencajados del enfermo le observaban con sumo interés.

—Efectivamente señor, que esas palabras encierran un gran misterio. Dijo al fin levantando lentamente la cabeza y clavando sus ojos en el pintado techo del lindo retrete. Mas no es tan difícil como os parece de adivinar: ese anciano, prosiguió cerrando sus ojos un momento, ese anciano .. no es musulman.

El doctor clavó su penetrante mirada en su señor, para ver el efecto que en él hacían sin duda estas palabras.

—¿Qué dices, Reduan? que no es musulman? exclamó el enfermo sorprendido.

—No, mi señor; no es musulman. Contestó el doctor con su calma habitual y como meditando lo que hablaba. Ese anciano tiene en su fisonomía rasgos que lo delatan ante una vista fisiológica y perspicaz: esos rasgos unidos ahora á esas palabras que me habeis revelado señor, me dicen que es extranjero y cristiano.

El enfermo se sorprendió por segunda vez; pero esta vez se quedó mirando al doctor con una especie de incredulidad estúpida.

—¿Qué es lo que oigo! exclamó dejando caer su cabeza sobre las mullidas almohadas.

—La verdad, mi señor, la verdad. Ese anciano lleva impresas en su rostro las señales que distingue á los hijos del Noroeste de Castilla. ¿no habeis observado, señor, la viveza y espresion de sus ojos y eso que ya debe frisar en los sesenta años? no habeis reparado en su frente morena y despejada? ese anciano es originario del reino de Aragon. Lo he visto entrar en el palacio y no me cabe duda alguna en lo que acabo de deciros.

—Me ocurre una idea, Reduan; ahora que hemos descubierto el gran secreto que encerraban las palabras del anciano. Dijo el enfermo fijando sus hermosos y lánguidos ojos en los del doctor.

—¿Y que idea es esa, mi señor?

—Espera. Contestó el caballero dejando caer otra vez su cabeza sobre las almohadas y cerrando sus ojos. El doctor seguía devorando con su vista la faz del enfermo.

—Ese anciano que me ha herido es cristiano ¿no es cierto? preguntó el enfermo despues de un largo rato de silencio, levantando su cabeza y clavando de nuevo sus ojos en el semblante del doctor.

Estoy seguro de ello, mi señor.

—Pues bien; oye y dame despues tu parecer. Estoy pérdidamente enamorado de una de las hijas de ese anciano: la amo tanto, Reduan, qué, para mí no existe mas muger sobre la tierra: ¡sí vieras cuán bella es!! es el tipo de las huríes que el profeta nos ofrece, y à mi parecer se ha fugado del cielo para eclipsar con su radiante hermosura el sol que nos alumbra: es enteramente indispensable que esa muger sea mía; pero mía para siempre, por qué, ella sola, sola enteramente reina en mi corazon. He discurrido que solamente por un medio puede ser mía y es qué, estoy dispuesto en el momento que cure de mis heridas, disfrazarme de cristiano pobre y presentarme en su casa demandando hospitalidad ¿qué te parece?

El doctor reflexionó unos momentos y contestó. Habéis discurrido muy bien, mi señor.

—¿Apruebas mi proyecto? preguntó el caballero estremadamente alegre.

—Lo apruebo. Pero es necesario señor, qué, tomeis bien vuestras medidas, y sobre todo saber ejecutarlas, porque si el anciano, padre de vuestra amada os descubre....

—No temas nada, Reduan. Ya sabes que yo poseo el castellano con alguna perfeccion, que conozco á palmos puede decirse, el reino de Aragon, y se de memoria los nombres de todas las ciudades, villas y aldeas: fingiré que soy de alguna poblacion poco importante, y veremos así á fuerza de tiempo si consigo ganarme el corazon de mi amor y la voluntad de su anciano padre.

—Sí; pero para ese caso, señor, es preciso que finjais ser un cautivo que recobra su libertad.

—Justo, Reduan, ese es mi intento.

—Mas, me ocurre una idea, señor.

—¿Y cuál es? habla.

—Me esplicaré. En el caso que podais hospedaros

en la casa del anciano, y que esa linda muger os corresponda, y que su padre sea gustoso en la union que proyectais, ¿no tendreis un inconveniente grande al realizar vuestro deseado enlace? olvidais, señor, que sois musulman y ella cristiana? qué tendreis indudablemente qué doblegaros à todas sus exigencias, y observar todos los ritos de su religion? que os vais à hundir voluntariamente en un abismo sin fondo, del cual no volvereis á salir sino bajo ciertas condiciones? habeis reflexionado bien sus consecuencias? no temeis acostaros fiel musulman y levantaros acérrimo cristiano?

—No, Reduan, no temo nada. Estoy completamente dispuesto á arrostrarlo todo por el amor que profeso à esa muger. Seré lo que ella quiera, Reduan; sin su amor ¿para qué quiero la vida? ya me conoces y sabes que la determinacion que una vez tomo, no la abandono jamás ¿qué me importa abandonar las creencias de mis mayores, cuando lo hago para dicha y felicidad de mi alma? no me has dicho tu millares de veces que, el hombre debe siempre proponerse un fin bueno en todas las cosas, y que para lograrlo no debe escasear los medios?

—Efectivamente mi jóven señor: os he dicho mil veces eso mismo ¿empero sabeis lo que me impulsaba à decíroslo?

—No, Reduan; espícate.

—Os acordais señor, del largo cautiverio que padecí en la ciudad de Oviedo?

—Sí, sé que sufriste en ella un largo cautiverio.

—Os acordais señor, de aquel cofrecito que tanto oculté à vuestras miradas, à pesar de las repetidas instancias que me habeis hecho para que os lo enseñara.?

—Sí, adelante.

—Pues ese cofrecito oculta un gran secreto; secreto que jamás me hubiera atrevido à manifestaros